

ca lo entendí bien; pero parece que él era amigo personal del Gobernador Anacleto Guerrero y cuando llegó el momento (esto ya fue en septiembre del 38) de nombrar al director que manejara la Escuela, entonces resultó él nombrado cuando todos pensamos que iba a ser el Dr. Zaragoza Cuéllar, que en realidad era un persona muy capaz y con ganas de trabajar en la Escuela. Al Profr. Villegas nunca lo conocimos en la Escuela. Sí, yo creo que fungió como maestro 2 o 3 meses, hasta navidad: desde Septiembre hasta Diciembre; pero todo lo manejaba y lo hacía —y en realidad muy bien— un amigo personal de él que era profesor y se llamaba José Guadalupe R. de los Santos, quien era un maestro de matemáticas muy capaz, joven también, recién egresado de la Universidad; él era el secretario y manejaba todo: iba hasta la casa de Villegas, que no estaba muy lejos de la Escuela, y ahí arreglaba los problemas y luego venía; pero Villegas nunca aparecía en la Escuela. Una sola vez lo vimos y conocimos cómo era su figura; pero después no supe más. Dejó de ser Director, él mismo abandonó y en su lugar vino el Dr. Zaragoza Cuéllar.

CRC—En este tiempo en que eran estudiantes de la Escuela Nocturna de Bachilleres, ¿cuál era la principal diversión que tenían ustedes?, ¿en que se divertían más?

VRA—No. No había... éramos pocos. De abogados éramos 5 o 7, digo 7 porque al final quedamos 5, ya que 2 muchachos en realidad eran de extracción tan humilde, de preparación secundaria tan deficiente, que no pudieron con las clases. Nuestra única diversión era platicar y esperar a que llegaran los maestros. Por lo demás, no había actividades sociales, o deportivas o artísticas. Todos nos reuníamos ahí en los pasillos y en la banqueta y sacábamos a relucir

en nuestras pláticas lo de todos los muchachos: pláticas de muchachas, pláticas de las clases, pláticas de todo, pero no había actividades deportivas.

CRC—¿Desde cuándo —me puede informar usted— a la Escuela Nocturna de Bachilleres se le conoce como Preparatoria No. 3?

VRA—Bueno, cuando ya empezaron a aparecer otras escuelas. La primera y original es el Colegio Civil, la No. 1. La No. 2 se fundó... pues no recuerdo cuándo, pero ya era gobernador el Lic. Arturo B. de la Garza, y como era escuela ordinaria, igual que las demás, de día, para estudiantes de edad de bachillerato, se le llamó la Núm. 2. Luego, pues también existía la nuestra, nocturna, a ésta se le puso No. 3, a pesar de que debiera llevar el número 2; pero así se llamó, con la salvedad en su nombre formal: "Nocturna para Trabajadores", y luego la palabra "Colegio Civil", porque así se llaman todas las preparatorias de nuestra Universidad: "Colegio Civil".

CRC—Licenciado, ¿usted recuerda haber tenido compañeras alumnas en esta generación?

VRA—Sí. Panchita Marroquín, la Lic. Francisca Marroquín de Zamora.

CRC—Cuando usted terminó la Preparatoria y se inscribió en la Facultad de Derecho, ¿cuántos de los 7 alumnos de su generación en el Bachillerato de Ciencias Sociales se inscribieron en la Facultad?

VRA—Los 5 que quedamos, que eran: Luis M. Villarreal, Rodolfo Zamora Alemán, Francisca Marroquín Garza, Angel López Siller y Francisco Rodríguez Alejandro. Bueno, hay otro alumno, compañero nuestro, que también fue y asistió con nosotros; es decir: él sí participaba en todo, las clases, los exámenes,

péro por alguna razón tuvo que abandonar; él es César Sepúlveda, que después fue estudiante muy brillante en la Universidad Nacional. Terminó la carrera de Leyes y fue director de esa misma Facultad de Derecho de la Universidad. Es historiador y es tratadista. César Sepúlveda.

CRC—¿Había horarios nocturnos en algunas Facultades en ese entonces?

VRA—No. Yo creo que no. Bueno, en la Facultad de Ingeniería, probablemente, porque había tan pocos alumnos y como la mayoría de los muchachos de años superiores tenían ocupaciones y trabajo, entonces se ponían de acuerdo con los maestros (puesto que los grupos no pasaban de 5, de 6 y había años enteros de dos alumnos nada más) y señalaban alguna clase en la noche.

CRC—Pasado el tiempo, cuando volvió usted como maestro de la Escuela Nocturna de Bachilleres, ¿cuál fue el cambio que más notó?

VRA—Pues el cambio más notable fue el gran crecimiento en lo que toca a alumnos, porque entonces ya había grupos de 30 y 40 y no uno, sino varios. Después ya se cambió el programa de Bachillerato y ya no fueron dos años como tuvimos nosotros, sino tres, porque en realidad resultaban muy pesadas las tareas repartidas en dos años y tuvo que alargarse a tres; entonces sí había 3 y 4 grupos de primer año, dos de segundo y uno de tercero, de cada Bachillerato.

CRC—Licenciado, usted fue el Jefe del Departamento Escolar de la Universidad de Nuevo León durante mucho tiempo, ¿de qué año a qué año?

VRA—Sí. De 1948 a 1968.

CRC—¿Con qué Rectores se sintió más agusto?

VRA—Decididamente, con el Dr. Enrique C. Livas. Pienso yo que él ha sido el mejor Rector, porque... bueno... probablemente son razones sentimentales. El fue el Rector cuando yo era estudiante, él fue el que me dio el trabajo de Jefe del Departamento Escolar y en realidad yo lo he apreciado mucho. Después del Dr. Livas vino el Lic. Octavio Treviño, unas cuantos meses, para aplacar la huelga que se hizo en contra del Dr. Livas; después el Lic. Raúl Rangel Frías, que también fue un magnífico Rector. Después del Lic. Rangel, que duró seis años, vino el Ing. Roberto Treviño, él fue Rector tres años, creo. Después del Ing. Treviño fue el Lic. Roque González Salazar; después del Lic. Roque, el Arq. Joaquín A. Mora. Después del Arq. Mora, fue el Lic. José Alvarado (Pepe Alvarado). Después de Pepe Alvarado, Alfonso Rangel Guerra. Después del Lic. Rangel Guerra, el Lic. Eduardo L. Suárez. Después del Lic. Suárez, mi compañero de generación, el Lic. Eduardo A. Elizondo; después del Lic. Elizondo, Nicolás Treviño Navarro; después de Treviño Navarro, fue el Dr. Héctor Fernández González. Después de Héctor Fernández viene Oliverio Tijerina; el Dr. Tijerina es seguido por el Ing. Héctor Ulises Leal y hasta allí trabajé yo.

CRC—¿Cuál de todos estos rectores cree que haya hecho un mayor esfuerzo por resolver el problema de la falta de horarios nocturnos en las Facultades?

VRA—Pepe Alvarado. Yo lo encontré muchas veces haciendo gestiones ante los directores de las Facultades para resolver este problema.

CRC—¿Me puede narrar alguna anécdota que recuerde de este período como Jefe del Departamento Escolar?

VRA—Pues, no recuerdo ninguna. Recuerdo las pláticas de los muchachos, y que todos tenían que venir; es decir: había un contacto directo entre el Jefe del Departamento Escolar y los muchachos. Entraban directamente a mi oficina y se sentaban. En realidad, nunca tuve oficina, trabajamos siempre en el pasillo y ahí venían todos.

CRC—Licenciado, si le pidiera unas palabras para todos aquellos muchachos que tuvieron contacto con usted en ese período, ¿qué le gustaría decir?

VRA—Pues, en realidad, hay mucho qué decir; pero en este momento se me ocurre decir a los estudiantes de período nocturno, en virtud de su situación de ser trabajadores, de estudiar con muchas estrecheces y con muy poco tiempo, que deben actuar como realmente son: estudiantes, estudiantes nocturnos, y no como en unas épocas de la Nocturna que han querido ser sólo sindicalistas y convertir la Universidad en un sindicato y apoyar tantas luchas obreras. En realidad, primero deben ser estudiantes, primero prepararse, para ser realmente valiosos en lo que toca al estudio y a la preparación académica y después luchar por sus causas: y no como en algunos años, me he fijado, que se olvidan de las clases, se olvidan los períodos de preparación y se lanzan a luchas a apoyar tal sindicato y tal candidato; eso los hace perder muchas horas de estudio y de trabajo. No quiero decir que no luchen en favor de sus ideas y en favor de sus causas y en favor de su clase, sino que recuerden que primero son estudiantes y después participen en las luchas sociales.

CRC—¿Cuántos años fue trabajador de la Universidad, usted?

VRA—Fui 32 años. Desde que empecé en la Escuela Alvaro Obregón, siendo alumno del 1er. año de Derecho. El Director de aquella Escuela, un hombre muy comprensivo, el Ing. Bernardo N. Dávila Reyes, él sabía que yo tenía conocimientos del inglés, que había estudiado en los Estados Unidos, y entonces me ofreció la cátedra de Inglés para los muchachos de los cursos de Mecánicos y de Preparatoria Técnica. Eso fue en 1939.

CRC—Licenciado, yo recuerdo personalmente que durante la gobernatura del Lic. Eduardo A. Elizondo, cuando los universitarios eligieron por primera vez a su Rector, a usted se le ofreció la Rectoría. ¿Me puede decir por qué no aceptó?

VRA—Bueno, la realidad es que yo me sentía biológicamente, físicamente muy cansado. No pensaba que podía resistir la tarea tan tremenda de ser Rector, y menos en aquellos días tan tormentosos; por eso realmente yo no quise aceptar lo que me ofrecían algunos grupos de muchachos; no tenía resistencia física y ya mi salud estaba muy minada; pero sí me hubiera gustado participar en las decisiones de la Universidad.

CRC—De los tiempos en que era estudiante en la Escuela Nocturna de Bachilleres, ¿a qué maestros recuerda con más afecto?

VRA—Al Dr. Mateo A. Sáenz, al Profr. José María Díaz, al Profr. Germán Almaraz.

CRC—¿Me puede usted decir, en especial, de los estudiantes que fueron compañeros suyos en aquel entonces, los nombres de algunos que hayan destacado en forma preponderante en alguna actividad, en el Estado o en el País?

VRA—Pues sí, ya lo dije: el Lic. César Sepúlveda, que es una mente muy brillante, investigador de la Historia y básicamente en el terreno de las relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos. El Lic. Sepúlveda también fue Director de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional y es Consejero actualmente de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Bueno, con él no estuvimos mucho tiempo, algunos meses nada más. No tuvimos mucho contacto con él pero sí hicimos muy buena amistad. Yo le regalé un libro en una ocasión sobre Historia y él me regaló también otro, que es la biografía de Fouché, el político francés de la época de la Revolución. Todavía lo conservo. Nos hemos visto en otras ocasiones y él recuerda nuestros días de estudiantes. Otro compañero que también recuerdo muy bien, es al Lic. Luis M. Villarreal, que ya falleció. El era un abogado de mucho fuste, muy agresivo y muy combativo en materia jurídica, un litigante extraordinario. Actualmente hay otro compañero que es el Lic. Angel López Siller, que trabajaba en la Compañía de Luz, repartiendo los recibos y alguna vez fuimos a repartir, caminando por las calles, entregando recibos en cada puerta. El es actualmente Notario Público en ejercicio aquí en Monterrey. Otro compañero es Rodolfo Zamora Alemán. Era un líder obrero, más bien era un trabajador que abandonó sus actividades de trabajo; y él trabajaba en la Compañía de Luz, no recuerdo dónde; también era un muchacho muy inteligente. Bueno, él no era muy muchacho, nos llevaba como 20 años de edad, pero actuaba siempre como joven.

CRC—¿Convive usted, aunque sea de vez en cuando, con alguno de estos amigos que ha mencionado?

VRA—Sí. En las reuniones de Generaciones de Derecho casi siempre nos vemos. (También el Lic. Francisco Rodríguez Alejandro, que es Notario Público, probablemente es Notario decano, no estoy seguro. El también fue compañero nuestro en la Escuela Nocturna de Bachilleres No. 3. Bueno, entonces cuando éramos estudiantes, él ya era un hombre de edad, probablemente ya rebasaba la edad de treinta y tantos años, ya tenía su familia, sus hijos pequeños). Ahora nos reunimos pues casi cada seis meses.

CRC—Dígame, ¿de qué es de lo que más hablan en estas juntas?, ¿de qué se ríen más?

VRA—¡Ah! pero esa es la Generación de la Facultad de Derecho.

CRC—Sí, a esa me refiero.

VRA—Bueno, pues anécdotas y de las cosas que nos sucedieron de estudiantes, de los maestros y de sus incidentes dentro de la clase. Rara vez se habla de los hijos, como sí lo hacen nuestras mujeres; la plática de ellas es como la de todas las madres: ¿de los hijos!

CRC—Licenciado, a usted siempre se le ha considerado políticamente como un hombre de izquierda, ¿me puede decir algunos movimientos universitarios que usted haya considerado injustos y contrarios al progreso de la Universidad?

VRA—Sí. Ha habido varios. Por ejemplo la huelga en contra del Dr. Livas, que fue aprovechada por la gente de derecha de Monterrey para escarnecerlo y para denigrarlo; realmente era un problema político en el fondo, hasta que finalmente tuvo que abandonar el Dr. Livas su cargo de Rector. Otro movimiento

fue el de Pepe Alvarado. Pepe, en realidad, era un hombre no agresivo, sino combativo, él era un combatiente continuo, en sus escritos y en su vida de periodista; entonces aquí se dio cuenta que había una casta, un grupo que dominaba, que tenía en su puño a Monterrey y a Nuevo León. Todavía existe ese grupo. Y él empezó, en sus pláticas y en sus conferencias, a hablar en contra de la prensa, básicamente de "El Norte". Entonces los señores que manejan "El Norte", realizaron una campaña tremenda, agresiva, sangrienta, insultativa, en contra de Pepe, hasta que finalmente tuvo que irse de aquí de Monterrey. eso, creo que fue una cosa injusta ¡llena de injusticias!

CRC—¿Y movimientos justos, positivos, para el avance de la Universidad?

VRA—Pues, cuando se luchó en contra de la Asamblea Popular Universitaria de comerciantes y de locutores, quienes en realidad no tenían nada qué decidir dentro de la Universidad. Y, sobre todo, la Asamblea Paritaria de alumnos y maestros que produjo el Proyecto de Nueva Ley Orgánica que iba a ser presentado ante el Congreso del Estado. Mucho se dijo que los alumnos habían tomado por su cuenta el manejo de la Universidad y que pretendían hacer todo a su manera y a su capricho. Esto fue una falacia. Los alumnos que fueron representantes de cada escuela a esa Asamblea Paritaria, nunca se mostraron intransigentes; bien entendían que el papel de los alumnos, el nuevo papel era intervenir en el nombramiento y en la elección de las autoridades universitarias, desde la más alta hasta la más modesta; y nunca pretendieron, en ningún momento, establecer normas o derroteros sobre cuestiones académicas, nunca intentaron hacer los planes de estu-

dios ni señalar los libros de texto, como siempre se dijo en la prensa reaccionaria de Monterrey. Bien entendían ellos que en ese terreno no podían opinar, puesto que no lo tenían caminado. En síntesis, los muchachos que representaron a cada escuela en esa Asamblea, eran los más brillantes que hemos tenido en la Universidad. Ellos distinguían muy bien cuál era el papel de los estudiantes y cuál el de maestros y autoridades.

CRC—Licenciado, en 1937 la enseñanza universitaria nocturna en Nuevo León nace con la Escuela Nocturna de Bachilleres. Entonces, con 27 alumnos. Hoy esta Escuela tiene alrededor de 3,000 alumnos. ¿Cree usted que se ha cumplido con el lema aquel de "La misma oportunidad para todos"?

VRA—Pues, en el fondo, creo que sí se sigue cumpliendo, aunque existen diversos factores ahora, como el hecho de que hay un amplio número de alumnos, de que el rasgo más agobiante de la Universidad es el gigantismo en alumnos, gigantismo en problemas, en estrecheces económicas y probablemente no se logre el deseo de "La misma oportunidad para todos"; pero creo que todavía hay muchas esperanzas en este sentido.

CRC—A 40 años de distancia desde que usted fue universitario por primera vez, ¿se siente satisfecho de ese pasado?

VRA—Sí. Creo que hay una cosecha de satisfacciones a través de todo este tiempo, porque sí nos dábamos cuenta de que no éramos muchos los que teníamos oportunidad de estudiar, me refiero a los jóvenes que trabajaban durante el día; pero lo que conseguimos entonces y el hecho de que tuvimos buenos maestros, esa es una cosa que no se puede ignorar.

CRC—A estas alturas, ya jubilado, ¿no siente a veces deseos de volver a la Universidad?

VRA—Bueno, en realidad, nunca he abandonado la Universidad. No se puede decir que regrese, ya que siempre he estado pendiente de todas las cosas. De todas maneras, quisiera, en muchas ocasiones, desandar el camino y volver otra vez a ser estudiante y, aunque no tuviera la experiencia actual, de todas maneras volver a vivir aquella vida en que siempre pensábamos en terminar, lograr algo dentro de la Universidad.

CRC—Licenciado, yo mismo no sé quiénes leerán esta entrevista. ¿A usted quiénes le gustaría que la leyeran, especialmente?

VRA—Pues, básicamente, los alumnos de la Escuela Nocturna de Bachilleres; pero creo que podrían leerla todos. Porque las palabras que yo he dicho, están dirigidas a todos los alumnos de la Universidad de Nuevo León.

CRC—Licenciado, ¿y qué le gustaría decirles a estos alumnos, por última vez?

VRA—Si, también quiero decir algo para los actuales alumnos de la Escuela Preparatoria Nocturna No. 3 para Trabajadores, recordando los pensamientos siempre vivos y actuales de un mexicano ilustre, probablemente el más brillante y extraordinario joven estudiante, ahora sexagenario, que jamás haya nacido al amparo de un techo mexicano: Alejandro Gómez Arias. Ahora que ustedes, jóvenes estudiantes, van a celebrar un aniversario importante de nuestra Escuela, mi deseo más íntimo es no sentirme ausente en estas recordaciones. Durante mucho tiempo la Preparatoria Nocturna de la Universidad fue

mi refugio, mirador y tribuna. He visto correr el tiempo. Nuestro tiempo. Creo que todavía dentro de sus aulas habrá un estudiante que me escuche. He tratado siempre de dirigirme a los jóvenes que luchan y no han perdido ni la voluntad ni las esperanzas. Conozco qué dura es su tarea y en la medida de mi fuerza he querido compartirla. Estar con ellos, después de todo, es beber en la única fuente que detiene la vejez. He hablado también a quienes piensan, con justa amargura, que esta no es la patria —realista, digna, modesta tal vez— que puede ser y que las generaciones menores, verbalistas, vanidosas y corruptas no han podido construir. Los demás, los del silencio y los temores cómplices, no me importan. Mucho menos los triunfadores aparentes, que se hacen sobre la miseria desesperada del México verdadero. Creo que quien no calla, trabaja y sirve. Que no es válido cerrar los ojos. Y así muestro mis heridas que reproducen en lo infinitamente pequeño, las grandes llagas de mi patria. Por eso exhorto a los actuales alumnos de la Escuela Preparatoria Nocturna que no sean de los afortunados y conformistas, sino que busquen oír siempre el lenguaje roto de la ira. Hecho a pedazos. Que sale de lo hondo y salta sobre la prosa cuidadosa, tersa, pero muerta. Esto es lo que quisiera que los actuales jóvenes de nuestra Escuela tuvieran en su pensamiento y en su corazón, pues por mi parte pienso seguir haciéndolo, por lo menos hasta que la cabeza se llene de nubes y la garganta... y las manos, sean incapaces de hablar o de escribir lo que el pueblo pobre de México quiere decir. Esto es lo importante. Ser un eco de su pueblo. ¿Quién puede aspirar a más?